

la capacidad de síntesis que muestra su autor. Así, al referirse a la batalla de Lepanto, es capaz de resumir en doce escuetísimos puntos las claves de la victoria. Al contarnos las traiciones de Antonio Pérez, en un par de páginas puede analizar de forma exhaustiva una complejísima y fluctuante situación. Cuando se pregunta sobre la genialidad de don Juan, o sobre su mitificación, en pocas líneas nos ofrece un completo cuadro del que, sin duda, fue un gran jefe carismático con un suplemento de humanidad que colaboró a llevar su popularidad al cenit.

En su estudio sobre este mismo personaje, José Antonio Vaca de Osma parte de un especial empeño en realizar una investigación a fondo de las circunstancias que diferencian el reinado de Carlos I, que es, ante todo el emperador Carlos V, del reinado de Felipe II, que es, ante todo, rey de España. En esta segunda época histórica va a vivir sus diez años famosos don Juan de Austria, en continua relación de amor y desamor con su hermano Felipe. La acción del hermano bastardo —calificativo que siempre le acompañó, a pesar de sus glorias y sus grandezas—, nunca iba a tener un protagonismo importante en la política interior española, en la que el rey lo absorbía todo. Él nunca tuvo aspiraciones de gobernar en España, a pesar de su prestigio, del peso de

su personalidad y de que más de uno intentó fomentar sus pretensiones. Don Juan estuvo siempre enfocado hacia la acción exterior, y su patriotismo estaba dirigido a llevar el poder y el honor de su Patria más allá de nuestras fronteras. En este libro podemos comprobar cuáles fueron sus aspiraciones y cómo se proyectó su juvenil ímpetu en los más diversos escenarios.

Vaca de Osma tiene muy presente el contraste entre los dos personajes, de personalidades tan distintas. Este hecho merece para él un análisis serio y profundo, sin concesiones a lo novelesco y procurando siempre buscar los argumentos en una documentación bien contrastada y en las más válidas opiniones de los contemporáneos. En ningún momento quiere olvidar la enorme diferencia entre don Felipe y don Juan, el uno hijo legítimo del César y de su queridísima emperatriz Isabel, heredero único e indiscutible del trono y de la dinastía— el otro, hijo bastardo, probablemente no deseado, producto de una aventura de un día, hijo de una mujer de la que don Carlos no quisiera ni acordarse.

En esta biografía es importante la constante insistencia en los muy posibles celos del rey. Su Majestad no quería ver a su hermano muy querido en la capital de sus reinos y, con uno u otro motivo, siempre lo enviaba lejos.

«Tal vez —comenta el biógrafo— porque la fama de sus triunfos y su extraordinario atractivo personal le habían convertido en el ídolo de los españoles, el espejo en el que se miraban todos los jóvenes de la nobleza y en el despertador de envidias palaciegas».

Me parece especialmente interesante el hincapié que el autor hace sobre el criterio independiente de su personaje. Sin faltar a la lealtad hacia su hermano, con frecuencia discrepó de sus criterios y lo hizo con insistencia. Su opinión libre e independiente la expuso repetidas veces en cartas al propio rey, al príncipe de Éboli, a don García de Toledo, al duque de Alba y a su hermana Margarita de Parma. A lo largo de las páginas del trabajo que comentamos podemos comprobar las grandes diferencias temperamentales entre los dos hermanos. El uno, don Juan, dinámico, osado, impulsivo, con intuiciones geniales. El otro, el rey, estático, prudente, responsable. Pero el uno debía estar sometido al otro en todo momento. No podemos echar al olvido que, en el caso español, la fuerza y el prestigio del poder real eran tan grandes que nada podía hacerse sin contar con el beneplácito del monarca, y que Felipe II había reforzado, si cabe, la soberana autoridad de su padre.

Interesante, muy interesante es cómo cuenta José Antonio Vaca

de Osma las maquinaciones de Antonio Pérez y su *tandem* con la princesa de Éboli, los distintos planes para invadir Inglaterra, los amores y amoríos de don Juan, la constante obsesión de éste por regresar a España y la también constante negativa por parte de don Felipe. Pero quizá las mejores páginas son las dedicadas a Flandes y su horizonte desolador: un país ocupado por las tropas del rey a las que no se podía pagar ni licenciar, con el nombre de España execrado por doquier, la herejía en aumento y la amenaza de invasión desde Francia e Inglaterra. Al referirse al disparate de los Países Bajos, el autor sigue las tesis de Manuel Fernández Álvarez para quien el disparate estribaba en la pretensión de mantener unidos bajo la misma corona a flamencos y castellanos. ¿Cómo imponer una unidad política con tamaña discontinuidad territorial, a la que hay que añadir la presencia en medio de una potencia adversaria como lo era Francia? Es cierto que era un problema heredado, no buscado; no era, por tanto, imperialismo, sino compromiso dinástico. Vaca de Osma reconoce que, en la línea marcada por los Reyes Católicos, nuestro destino histórico y nuestros intereses apuntaban al Mediterráneo, a África y a América, y con esa política afirmada y enriquecida habríamos podido mantener nuestra

posición de primera potencia europea sin necesidad de intervenir en los problemas religiosos y políticos centroeuropeos que no nos afectaban directamente y de los que habría sido inteligente abstenernos.

Finalmente, el historiador se pregunta, ¿por qué don Felipe envió a don Juan a Flandes? La respuesta es que le convino enviarle porque después de haber fallado los gobernadores anteriores, no tenía otra persona de categoría, prestigio y alcurnia mejor que él. También era importante para el rey, una vez más, alejar al príncipe de Madrid. Los últimos días de don Juan en Flandes, siempre víctima de celos y traiciones, siguen teñidos de grandes dosis de misterio.

Isabel de Armas

El portero sale del área*

Uno de los mitos más en boga en el mundo de hoy es el de la información. Un mundo globalizado en el que el hombre tiene un acceso directo a lo que ocurre en cada rincón del planeta. Una hu-

* El mundo de hoy, *Ryszard Kapuscinski*; Edición, introducción y traducción de Agata Orzeszek, Anagrama, Barcelona, 2004, 229 pp.

manidad que se conoce a sí misma, un espacio vital en el que las periferias se acercan al centro formando un todo. Pero la realidad es que, a pesar de los progresos en materia de comunicación, nuestro conocimiento mutuo sigue siendo superficial, cuando no nulo. Ésta es una de las tesis que avalan el pensamiento de Ryszard Kapuscinski (Polonia, 1932), uno de los escasos periodistas destinados a convertirse en un clásico. Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2003), Kapuscinski comienza a deambular por el mundo a los siete años y aún sigue, intentando descifrar las claves que lo hagan más comprensible: «Los medios de comunicación han creado una imagen del mundo que dista mucho de la realidad: nos muestran un mundo atrapado por la política, sumido en el caos y completamente desligado de la perdurabilidad, es decir, de todo aquello que atañe a los llamados agentes sociales, actitudes mentalidades y problemas cotidianos de las personas de a pie, que constituyen el noventa y nueve por ciento de cualquier sociedad».

Kapuscinski tiene televisión en casa gracias al fútbol. Nace en Polesia (hoy Bielorrusia), en la parte oriental de Polonia. Al estallar la guerra fue ocupada por las tropas soviéticas y tuvo que huir con su familia a la zona central

del país, desplazándose constantemente de un lugar a otro. A los doce años aún no había leído un solo libro. En 1945 su familia se traslada a Varsovia y comienza a ir a la escuela, comienza a leer. Pero su pasión era el fútbol. Portero del equipo de su escuela, se pasa días enteros en el césped del campo cuando ficha por el Legia de Varsovia y debuta con el equipo juvenil, soñando con llegar a ser el portero de la selección nacional de Polonia. Pero el envío de un poema a un periódico cambia su destino. Como el también ex-guardameta Albert Camus, se introduce por azar en el mundo del periodismo mostrando una visión cada vez más crítica de la realidad circundante. Los reportajes que un joven Camus escribe sobre la región argelina de Kabilia tienen la misma impronta de rebelión ante las verdades oficiales que «La otra verdad sobre Nowa Huta», uno de los primeros reportajes de Kapuscinski. El título hace referencia a la ciudad obrera del mismo nombre, concebida como escaparate del triunfo económico polaco. Testimonio de las terribles condiciones de vida y trabajo que allí se daban, el artículo tiene un gran impacto, hasta el punto de que, tras diversos avatares judiciales, es condecorado con la Cruz de Oro al Mérito con tan sólo veintitrés años. «Me hizo ver que escribir era arriesgarse y

que, en el fondo, no importaba tanto el hecho de que se publicara un trabajo como las consecuencias que se seguían. Cuando uno opta por describir la realidad, su escritura influye sobre esa realidad».

Desde entonces, Kapuscinski no ha parado de viajar allí donde un acontecimiento le provoca el deseo irrefrenable de verlo con sus propios ojos y de participar en él. Considera que la especialización es fundamental en su oficio, razón por la cual sólo viaja hacia lugares de los que tiene algo que decir porque conoce el origen de sus conflictos y ha seguido sus desarrollos. Durante dos décadas fue corresponsal de la PAP (Agencia de Prensa Polaca) en los países del Tercer Mundo, trabajo que le brinda la oportunidad de viajar y de hacerlo solo: «Se escribe poesía estando solo. Y también estando solo se pinta un cuadro. Desde la misma perspectiva contemplo el conocimiento del mundo, también hay que estar solo durante el viaje». El trabajo para la PAP le proporciona un excedente de relatos y situaciones que no tienen cabida en los despachos de prensa, ya que cubre todo el continente africano obligado a resumir el acontecimiento relatado en apenas seiscientas palabras. Ante esa sensación de carencia, empieza a escribir libros como *Estrellas negras, Si toda África,*